

Ediciones  
150  
PIS  
Bistagne

*James Cagney*  
*Ann Sheridan*  
**CIUDAD DE CONQUISTA**



# Ciudad de conquista

Magnífico asunto en que se pone de relieve la vida de la inmensa ciudad de Nueva York, con sus pasiones, sus miserias, sus luchas, sobre un maravilloso fondo sentimental

Según la novela de  
ABEN KANDEL

Adaptación de  
JOHN WEXLEY

Dirección de  
ANATOLE LITVAK

Es una producción  
WARNER BROS FIRST NATIONAL PICTURE

Distribuida por



Principales intérpretes: **James Cagney - Ann Sheridan - Frank Craven - Donald Crisp - Frank Mac Hugh - Arthur Kennedy**

---

EDICIONES BISTAGNE — Pasaje de la Paz, 10 bis — BARCELONA

# Ciudad de conquistista

## (SINTESIS DEL ARGUMENTO DE LA PELICULA)

Contemplando la ciudad inmensa desde uno de sus altos puentes, el pobre estaba absorto en su meditación cuando la voz del guardia le hizo volver a la realidad.

—¡Bingo, siga su camino!

—¿Qué camino?—preguntó el pobre, con una entera resignación.

—¡A mí me da lo mismo, pero siga su camino! Tómese el que usted quiera, pero váyase pronto de aquí.

—¡Váyase pronto de aquí! ¡Esta es la hospitalidad de las grandes ciudades! Nadie se preocupa del que entra, ni del que sale. No hay cartiles de bienvenida en Nueva York. Centenares de personas llegan todos los días a la ciudad, pero sólo reciben empujones y golpes y lo único que encuentran es un obstáculo en cada esquina. La ciudad me odia... ¡Mírela! Siete millones de personas luchando, batallando con todas sus energías para ir avanzando hasta llegar a la cumbre soñada... Llegan miles de gente por todas partes, navegando, sobre ruedas, a pie, a través de ríos, en el metro, por elina, a rayos y por debajo del río... Parece una plaga de langostas que invade la ciudad, viniendo de todos los países del Globo. ¡Siete millones de personas en constante lucha! Siete millones de personas separadas por el río y divididas por puentes... Se va desde el metro a los restaurantes sólo en diez segundos... Una tienen mucho, otras tienen poco... ¡Esta es Nueva York, y yo conozco esta ciudad, porque tengo años y experiencia!

Obligado por el guardia, el pobre avanzó hacia su camino, cualquiera, porque para él todos son igual, porque buenos o malos no pueden conducirle más que a su propia miseria. Cruzó plazas, atravesó calles en medio de una barahúnda colapsadora. La gente lucha, se hacinaba, se agita, lucha, marcha cada uno a su destino, metido él, que no tiene destino ni sabe dónde ir. El barrio por el que camina ruidosamente es de los más populosos y de los más populosos, barrio de gentes miserables, de trabajadores que luchan con dificultad el pan de cada día, de pobres que tienen hambre y se resignan y de miserables que se suicidan contra su destino.

Un niño famélico roba dos bollos de la cesta de un repartidor de pan. El anciano le patea una mano sobre el hombro:

—¡Quieto, quieto, amiguito! ¿Cómo te llamas?—le pregunta.

—Yo no he hecho nada... no he hecho nada... Soy Gungi Sakatini, pero me he hecho nada—replica el niño, presa de pánico.

—Oye, Gungi, no debes robar pan... Puedes robar velas, echar mate a unos dólares o escamotearlos a miles... pero no debes robar pan.

—Pero... es que tengo hambre...

—¿Quieres no tener hambre en esta ciudad? Vámonos, toma un panecillo para ti y otro para mí... y recuerda, Gungi, que si te ves precisado a robar pan en Nueva York, procura que nadie te vea... porque aquí todos tenemos hambre...

Algo andando entre una multitud que en nada separa, mientras que él la ve todo. Ahora se encuentra ante un grupo de chiquillos en torno a un organdillo. Una niña rubia y muy bonita baila con incomparable gracia en medio de toda aquella mugre y miseria que la rodea.

—¿Qué ciudad!—susurra el viejo—. ¡Allí es el cielo! Nacen flores y pueritos también, porque los chiquillos se han puesto a bailar por la gentil ballarina y quedan por el asfalto entrecruzados en una lucha terrible de la que sale triunfante uno de ellos, el que con mayor agilidad y más certera puntería ha descargado los golpes.

—¡Bravo, muchacho, has vencido! ¿Quién eres?—le pregunta el anciano.

—Soy Danny, el novio de Peggy. ¡La defenderé toda mi vida como hoy!—replica el muchacho, lleno de orgullo.

—No podría encontrar mejor protector—asegura el pobre, siguiendo su marcha.

Ahora se encuentra con otro muchacho, Edlie, hermano de Danny, apartado del bullicio de sus compañeros, mirando al espectáculo con aire nostálgico, sin tomar parte en los juegos de sus compañeros.

—Ah... el algún día podría tener un piano!—le oye suspirar.

"Eres en Nueva York—piensa el anciano—. Su aire está impregnado de ambición; aquel niño quiere cantar... Peggy sueña en ser una bailarina... Danny cree que podrá llegar a ser un gran boxeador... y este pequeño suspira por un piano... ¡Dichoso aquel que no crea en su destino y sabe abrirse paso saltando por encima de sus semejantes hum-



didos en la miseria, luchando desesperadamente para salir de la miseria del trabajo y llegar a lo alto. Los principios pueden ser duros y la lucha encarnizada, pero con su destreza a estos niños... Gough podrá robar un camino a la vida... Los pies ligeros de Peggy le conducirán a la gloria... Danny sabrá salirse con los puños de hierro... Pero para ella hace falta que los aliente siempre el amor y la esperanza, esos dos grandes leños que iluminan y alientan a la humanidad."

El viejo se estuvo entre la multitud, como si se hubiera situado en ella, porque aquel viejo, más que un ser real, era como el alma de la ciudad, como su espíritu, como su pensamiento.

Y el transcurso de la vida, el pasar de los años, fue dándole la razón.

\* \* \*

Danny, el muchacho de los puños de hierro, se había convertido en un buen chofer de camión y trabajaba en el transporte de carga para utilidades, agitado por Mutt, un compañero de juegos infantiles que no pensaba más que en comer y que ahora, transformado en un hombre alto y gordo, seguía siendo el mismo tipo de cacahuetas y almendras tostadas.

El muchacho de Mutt, un niño al que se entregaba muy a menudo, era que Danny se transformara en un boxeador. Conocía la fuerza de sus puños y su gran habilidad y ya se veía a sí mismo convertido en el "maniquí" del ídolo del público. Si Danny fuera boxeador él sería quien le haría vencer a cualquiera desde un ángulo del ring. Pero Danny no se dejaba convencer, aunque así se lo dijo a la sala de gimnasia donde se entregaban verdaderos azotes del boxeo. Había con sus puños al halcón, saltaba a la cuerda, se sometía a todos los ejercicios propios de los profesionales, pero cuando alguien le ofrecía dedicarse a aquel deporte como medio de vida, reaccionaba con una sonrisa de muchacho feliz y decía que no, que le reportaba buenos ingresos su oficio de chofer, es el que podía hacerse viejo, mientras que la vida en el ring era muy breve.

Aquellas constantes negativas desesperaban a Mutt, y desesperaban también a algunos que veían en los puños de Danny un magnífico medio de aumentar sus propios ingresos sin exponerse.

Danny se concentraba en escuchar por radio los partidos de boxeo y seguir todas sus incidencias, mientras Mutt, a su lado, se desesperaba de tener que limitarse a aquella actitud pasiva.

—¡Y con cuatro golpes ganas cinco mil dólares en una noche!— murmuraba Mutt, mientras escuchaba al locutor.— Vámonos, Danny, déjate que desahogues. Yo no quiero hacer de estudiante de chofer de camión toda la vida. ¡Tengo otras aspiraciones!

Danny se calmó y volvía a su casa contento de su trabajo, esperando

encontrar a Peggy por la mañana y sentarse en un pedazo de charla con ella en buen rato. Aquel era el mejor aspecto de todo el día. Peggy volvía del salón en el que bailaba, cuando él regresaba de efectuar el camión en el garage. Peggy estaba muy desahogada, pero cada día estaba más bonita. El baile la iba estilizando, pero ella murmuraba, cuando Danny le decía que se iba a dormir el continuaba bailando como un apuro comen.

—Prefiero bailar a dormir. ¡Más pesada resulta viajar en el metro para llegar hasta aquí! Van más cómodas las sillas de esta, porque al menos ellas flotan en arena.

Charlotta se puso, embriagada los dos en su propia charla. Hacían proyectos para el futuro y Danny hablaba siempre de cuando le comprarían el jornal, como si quisiera significar que para entonces haría a Peggy una bonita proposición matrimonial.

Luego se separaban y cada uno entraba en su casa. Peggy a discutir con su madre, que no quería tener relaciones con aquel pelagatos, teniendo como hija, la fortuna en sus pies. Danny a discutir a su hermano que se estaba huyendo y huyendo ante el plano, aquel plano en el que había soñado desde niño y que a fuerza de ahorrarse y sacrificios había conseguido comprar. Tocaba Eddie sin descanso, arrebatado por la inspiración, arrebatado por la armonía que fluía de sus dedos maravillosamente.

—Un día terminará esta composición— decía Eddie, existiendo—. La convertiré en la Sinfonía de Nueva York, la canción de la Isla Mágica, la Ciudad por conquistar... Una sinfonía completa de la ciudad con todo su belleza magnífica y deslumbrante y su eterna fecundidad; con su poderío y su atrevida música, con sus diez millones de habitantes y su eterna soledad... El ardiente le tridará "Una Nota", recordando sus esfuerzos, sus batallas bajas y populosas, sus clamores, sus ansias de vida y de luz... y luego describirá los acontecimientos... y la historia de aquellos que lucharon en estas verdiginosas alturas, pero cayendo desahogados, fracasados, vencidos... Y en contraste tenemos las notas habladas de los que viven en los puros mundos, pero que trabajan y luchan para llegar a la altura y, cuando creen haber alcanzado la cima, se dan cuenta de que encima de ellos todavía están los estrellas...

Eddie hablaba, al propio tiempo que sus manos ejecutaban el teclado arrojándole maravillosas armonías. Y Danny le escuchaba complacido, seguro de que un día su hermano haría de músico.

Pero en la casa había falta de dinero, porque el jornal de Danny se alcanzaba para cubrir gastos y los estudios de Eddie se reportaban en un continuo.

Por esta razón, un día en que Danny y Mutt asistían a un partido de boxeo y quedó fuera de combate al primer round uno de los luchadores, Danny se ofreció para sustituirlo, anunciando al público desde el cuadrado del ring que iba a aparecer ante el público, por primera vez, el "Joven Benón", que en aquel momento ingresaba en el boxeo profesional.

En primer lugar fue torondo y los mejores empresarios se disputaron su preferencia, pero él murió una vez del que fue su gran honorario y era ahora un infeliz incapaz para gozar la vida.

—Ahora ya he ganado unos dólares y si que sirven para bailar, pero no me interesa seguir por ese camino. Podría conducir mi camion, que es más seguro—les decía.

—Eres un chico valiente. Tienes las cualidades de un gran luchador, pero no te gusta luchar. Te garantizo quinientos dólares si luchas.

—No sé... que se me viene el dinero... Si por esa suma ni por ninguna voy a convertirme en un profesional... Comencé a machos pugilistas fieros de fama y prestaciones, que eran ahora enfermos y incapacitados, anulados por completo. Entre un millón una sola consigue la gloria y los demás son como moscas... ¡No, gracias, prefiero seguir conduciendo mi camion!

No lograron convencerlo. Había tomado parte en aquel combate por ganar unos dólares para su hermano, pero no le interesaba la profesión.

Por la noche fue al salón donde Peggy bailaba, le invitó a cenar y bailar juntos, pero Danny le hacía tan mal que había Mint, que siempre le acompañaba, como si fuera su sombra, se levantó de él.

—Parece un así! Le haces mejor en el ring que en la pista—le dijo.

Peggy se rió; verdaderamente con Danny no estaría nunca un concurrencia, pero no le importaba.

En cambio aquella tarde una gran importancia para Murray, un profesional del baile, un "viejo" del baile, que, dándose cuenta de las cosas fáciles de la muchacha, quiso hacerla lucir y conseguir ganar la copa que ostentaba aquella noche y que había de ser aún el campeón de un verdadero baile. A Murray le faltaba una buena pareja, y aquella pareja tenía que ser, necesariamente, la muchacha que bailaba con aquel "ente despreciable", como calificaba en su fuero interno al "dandy" al bailar.

Le pidió que le conociera un baile. Peggy consultó a Danny y éste aceptó, si no de muy buena gana, con galantería porque conocía bien la afición de Peggy al baile.

El jurado calificador se sentó pronto en aquella pareja extraordinaria. Peggy parecía tener alas en los pies. Segue dándonos todos los detalles que Murray le iba diciendo. Fueron increíbles parejas, unas tras otras, hasta que quedaron completamente solos Peggy y Murray, a los que fue entregada la copa, premio del concurso.

Pero aquella copa quedó destruida sobre la cabeza del propio Murray que se puso más impertinente al acompañar a Peggy a la mesa donde Danny le aguardaba; se entretuvieron primero en palabras; luego pasaron a los besos y como Danny desahogaba terribles suspiros haciendo alarde de su voz de pícaro, Mint rugió la copa de mano de Peggy y la apoyó sobre el cráneo de Murray, arrojando así a su amigo por el no fueran bastante sus puños de hierro.

Al regresar a casa Danny se excusó.

—Bajeto que me te heya disgustado conmigo, Peggy... No me importó que bailaras con él, pero no podía tolerar su lenguaje... ¡Te respeté demasiado!

—Sí... es un insolente... Lo único que sabe hacer es bailar—replicó Peggy, pensando en la maravillosa que resultaba bailar con él y en las posibilidades que le ofreció para triunfos como pareja de baile profesional.

Cuando los dos jóvenes se separaron, Peggy corrió al teléfono para poner de acuerdo con Murray y comenzar seguidamente las locuras de baile... ¡La tentación había triunfado ya en su alma y difícilmente podría desahogarse de ella!

Al día siguiente, mientras Peggy corría al domicilio de Murray, Danny andaba a toda marcha en camion para no llegar tarde al trabajo y estuvo a punto de atropellar a un individuo que se abrió rápidamente del suelo a tiempo que el chofer frenaba con fuerza.

—¿Se ha caído usted que es el dueño de la carretera?—le interrumpió el peatón.

Se miraron en momento desahogándose y Danny exclamó, estrafalero de pasante con alegría:

—¡Pero si es Quag! ¡El gran amigo!

Se estrecharon las manos efusivamente. Quag había jugado con Danny en la calle y seguía siendo aquel muchacho infantil, con cara de hambriento, que no conseguía trabajo, que estaba al borde de la desesperación.

—Quiero dinero—añadió—y lo tengo a montones, como así... ¡Estoy dispuesto a comprar la cabeza al que lo tiene imprescindible!

Danny le llevó con él en el camion y, al terminar el trabajo, a su casa. No podía dejarle en medio del camino. En su casa había compañía a Eddie y escucharía sus sonidos. Para Danny aquella música era capaz de apaciguar todos los dolores y de mitigar todos los dolores.

Aquel encuentro había hecho olvidar, por unas minutos, la angustia que atormentaba al corazón de Danny que no hacía más que pensar en Peggy y en aquel montarracho disfrazado de caballero, de aquel bailarín profesional que la había sabido conquistar y se la llevaba con él o todos los concursos de baile siempre en espera de un buen contrato como pareja profesional para actuar en algún cabaret o restaurante de lujo, a mejor todavía, en el escenario de su bar nocturno convertido por la alta aristocracia.

Eddie era el único que conocía el secreto de Danny. Estaba seguro de que su hermano seguía seriamente enamorado de la gentil criatura que se dejaba deslumbrar por la luz ficticia de los focos luminosos de las pistas de baile.

Cada mañana Peggy entraba a saludar a Danny antes de que éste saliera para el trabajo, pero Danny se mostraba con ella burlesco y reído hasta que la chiquilla le hacía olvidar su mal humor con sus miras y sus palabras de aliento y de esperanza.

—¿Se que puedo llegar a ser una gran bailarina—de ópera—y que actuaré en algún teatro de Broadway... Pero está un impide que lo quiero a ti, Danny.

—No necesitas bailar ni actuar en los teatros, si me quieres de verdad. Podrías ser muy feliz sin necesidad de nada más que con... con nosotros y viviendo cómodamente, como han vivido nuestros padres...

—Oh, no, sería horrible jugar llevando la vida que han llevado ellos! Siempre pobres, siempre luchando, queriendo conseguir un centavo en un día... Danny, ¿qué que hacemos si a por muy distintos cosas. Yo quiero hacer algo, ser algo, salir del mundo pequeño de Nueva York. Y para ello hay que ser ambicioso, dame al "piano" sea en lo que sea.

—Yo sólo quiero ser feliz... y la felicidad únicamente se halla en el verdadero amor—le contestó Danny. Y luego, reaccionando y mostrando sus dudas, añadió:

—También yo puedo triunfar con estos dos "pianos"... (También puedo yo salir del mundo pequeño! También yo puedo serme feliz... si tú me prometes ser siempre mi novia, para la que seas).

—La prometo, Danny, pero lo que pasa será siempre un novio—añadió Peggy.

Así fue como Danny se dedicó al piano como un perfecto profesional. Fue al encuentro de Scotty, el gran empresario, y le dijo que estaba dispuesto a todo con tal de ganar dinero, mucho dinero y de poder multiplicarse rápidamente.

Mientras él buscaba y se iba creando un nombre, Peggy aceptaba un largo contrato con Murray para cantar por todas las fiestas de Estados Unidos. Ensayaba a diario nuevas piezas y marchaba de un lado a otro haciendo sus exhibiciones que cada vez recibían nuevos y apasionantes triunfos.

Danny también triunfaba con el nombre de "Josef Baxón", conocido ya en todos los círculos deportivos y celebrado por todos los empresarios y quienes intervenían en aquel espectáculo tan en voga y tan propugnado, plagado de ganancias.

Un día fue sorprendido, al volver con la suya con los amigos, por George, vestido de perfecto caballero, que entraba a presentarle a una chica elegante. Tanto el "caballero" como las "chicas" parecían bien a las claras que no era precisamente entre la aristocracia en donde se desarrollaban sus actividades. Le rodearon, le felicitaron y le comprometieron para saber a una gran fiesta que iba a darse y en la que, como Danny había exigido, su hermano Eddie tendría gran parte de luz, su arte como compositor y ejecutor al piano de sus propias obras.

Acudió el púgil a la fiesta con la ilusión en el alma, pero su mayor y principal anhelo era que Eddie lograse triunfar y él estaba seguro de que había de triunfar un día con sus melodías maravillosas.

Pero no fue precisamente ante aquel público que su obra triunfó. Aunque George le presentó como un músico importante la gente se aburría pronto de aquella música tan seria y continuaron a hablar y a reír

sin hacer caso alguno de la música de Eddie que, desesperado y melancólico, comenzó a tocar el mismo tipo del "swing" y finalmente con él logró atraer la atención de toda aquella gente dispersa que se aglomeró en torno a piano ensilenciado por aquella que Eddie destruyó.

En vano Danny quiso ganar a su hermano. A Eddie le parecía que aquella era el fin de sus esperanzas y salió desolado por completo de aquella reunión a la que fue con el alma llena de llanto.

\*\*\*

Habían pasado algunos meses cuando reincontraron Danny y Peggy en una misma ciudad, ella en sus "actuaciones" de cantante, él en sus correrías como el púgil más solicitado en todas las reuniones de importancia.

Danny fué a visitar a Peggy en su propia cámara. Venía gordo de vida y de recordarle la primera noche un día de que pasara la que pasara, siempre sería su novia. Además, quería decirle que también él había estado ya del momento y que su nombre era también y al marido.

Pero ya en aquella época Murray, la pareja de baile de Peggy, había adquirido sobre ella una ascendencia de tirano. Le trataba con dureza, le hacía sentir su superioridad, no le consentía que le pisara el terreno en la pista y era su nombre, el de él, el que lucía en los cartelones, anunciando a la muchacha con su título duro y su despectivo proceder.

Por eso cuando a Murray no le gustó que Danny fuera a visitar a la muchacha. Comenzó a dirigirla palabras duras, dicias en tono seco, hasta el punto de suspender a Danny de tal forma que éste se agredió, sin darse cuenta de que Peggy se interpuso entre los dos y de que en su puño de hierro estaba el nombre de la muchacha que tenía un gemido de angustia.

Quiso el conciliador, disculparse, pedirle perdón; pero la mirada de Murray le había desafiado y, representado sus sentimientos, desafiándolo en dolor, abrió la puerta del camerino y obligó a Danny a partir, fingiendo lastimosamente ofendido con él, para evitar una nueva rifa entre los dos hombres.

Murray fué a abrazarla para agradecerle la actitud adoptada frente a su rival, pero Peggy le contestó más que con frialdad con odio contenido:

—¡Quítame las manos de encima! ¡No intenes tocarlas! ¡Déjame sola!—le gritó.

Y al verse sola, cayó en combinatorio y tomó al momento de Danny. Dieron un largo paseo en carro y él la acompañó hasta la puerta del hotel en que ella estaba, diciéndole para recomendarle al día siguiente en un restaurante popular en donde celebraban su compromiso formal para



reserva en su contrato terminado su contrato con Murray, al cabo de dos semanas.

Pero el destino iba a desbaratar aquel maravilloso proyecto. Al entrar Peggy en su cuarto se encontró a Murray con otros caballeros con quienes discutía acerca de un nuevo contrato, un contrato maravilloso para las mejores ciudades de América del Sur y luego Europa. Murray le explicó a Peggy los nuevos planes de baile que a la sola idea del contrato se le había ocurrido y le tomó con todo el brillo de un porvenir ahuyentado.

Cuando al día siguiente se encontró con Danny en el restaurante nocturno con baile al aire libre, Peggy se había firmado aquel nuevo contrato, olvidándose del compromiso que con él había concertado y que ahora venían a celebrar. Estaba un poco triste, pero su tristeza se desvaneció ante el éxito que obtenía por el solo hecho de presentarse en público con Danny, al que pronto reconocieron todos como el "Joven Sencillo". También la reconocieron a ella y los obligaron a bailar, después de haberla presentado al público desde el momento de la aquiescencia.

Fue una noche feliz para Danny, que se acordó a comprender por qué al despedirse de él, Peggy se había ido llorando.

El volvió a su casa dislocadísimo y bromó con su querido hermano. Quien quedaba con un aspirador de polvo que un conocido fue a ofrecerle, se ocupaba en sonar las difíciles composiciones de Bédie y hacía todas esas pequeñas locuras que cometen todos los enamorados en épocas de boda.

Para una breve fiesta de despedida que el teatro le dejó hicieron desvanecer todas las ilusiones: Peggy le decía adiós, contándole que su nuevo contrato la llevaba a Murray y que nunca podría hacerle a él falta, porque el baile era más fuerte que todo en ella y la arrastraba hacia la celebridad.

Danny se dio como al el mundo se desplomara sobre él. Si Peggy quería celebridad también él la conseguiría, aunque fuera a costa de su propia vida. Y pidió a Scotty que le cobrara el más feroz de todos los abusos.

Scotty rióse. Podía enfrentarlo con Cannoball, pero sabía que éste era tramposo, que no jugaba limpio, y temía por su patrocinado, porque Scotty tenía cariño a Danny y no hubiera querido enfrentarlo con aquel hombre.

—Necesito el triunfo, Scotty. Quiero ver Campeón. He de arrebatárselo al título a Cannoball—insistía Danny.

Y Scotty, que le ayudaba porque tenía confianza en Danny y estaba seguro de que podría ganar una buena suma con las apuestas, le ayudó a convencer a Scotty.

—Está bien, cuando con ese combate—dijo Scotty, al fin, accediendo, Murray abraza a Scotty, a Danny, a Scotty, loco de alegría, seguro del triunfo (Serán Campeones!) (No faltaba más! Danny ganaría y, ganando Danny, él se hacía también Campeón.

El día del combate todos estaban nerviosos, todos menos Danny. Te-

nía la en el mismo y, sobre todo, estaba dispuesto a arrebatárselo a Cannoball el título de Campeón para arrojárselo a las pies de Peggy, que le había abandonado sólo por la ambición de llegar a ser conocida. Así se demostraba que también él sabía darse a conocer, siendo siempre del a su amor.

La radio retransmitió las incidencias del combate, que prometía ser ridículo e interesante.

No el teatro donde Peggy actuaba se seguía con interés aquella retransmisión. La muchacha estaba angustiada, interesadísima, ansiosa, pero Murray le llevaba a cada rato para que no pudiera escuchar. Salía a escena y bailó como una autómatas. Un extraño presentimiento le hacía temer alguna desgracia. Tenía la seguridad de que Danny se había lanzado a aquel combate como reprobado por su abandono.

Danny aguantó bien los primeros rounds. El combate era ruidoso, pero su fuerza y su agilidad le hacían vencer.

—¡Tiene gracia!—le dijo a Muri en uno de sus breves descansos—Aquí me tienes luchando para ser el campeón del mundo... ¡yo que no quería ser boxeador!

—Atrásate que fuerza y ya verás como el título te muerde—sugirió Muri. Danny sonrió con melancolía; si le importaba el triunfo era por Peggy, no por él.

Significó el combate. Era una lucha encarnizada. Danny pagaba bien y las apuestas iban creciendo a su favor, mientras que Scotty que estaba a toda la vela a favor de Cannoball, estaba rodeado de sus amigos y de la banda que iba a favor de Cannoball. El signo de todos ellos era inquietante y sombrío. Todos eran caballeros de industria y se comprendía fácilmente que las apuestas tenían un doble fin en el que se jugaban muchas miles de dólares.

Pero de pronto, Danny comenzó a vacilar. Algo extraño le pasaba. Los ojos le caían de un modo atroz y no acertaba a ver con claridad lo que ocurría en el ring. Pagaba a ciegas. Sus amigos seguían con ansiedad las incidencias mientras sus enemigos se lanzaban palabras de inteligencia y de satisfacción, para ya cubrir por seguro que tenían ganadas las apuestas y que la derrota de Danny iba a ser total.

Cannoball, como siempre, había usado de sus malas artes para vencer, poniendo en sus guantes guantes de resina y dando continuos puñetazos a los ojos de su adversario.

—Voy a suspender el combate ahora mismo—le dijo Scotty en uno de los descansos, viendo que Danny estaba casi ciego y que no podía resistir más.— ¡No debí dejarte luchar contra ese tramposo canalla!

—¡No, no, Scotty, por favor, no haga eso!—exclamó Danny—. Necesito ganar. ¡Presénteme que no suspenderá el combate!

Continuó la lucha cada vez más encarnizada y terrible, porque Danny, ciego por completo, sólo recibía golpes sin acertar dar ni uno. El público estaba loco y chillaba con todos sus fueros. Scotty comprendió que había perdido la partida y que sus adversarios iban a reírse. Los últimos combates cada vez más terribles y al llegar de radio gritaba a toda voz las



incidencias del combate que Peggy iba siguiendo con el alma desgarrada por el remordimiento y la angustia.

Danny fue vencido. Agitado por las golpes, siego por los golpes que habían introducido en sus ojos, se agachó en Scotty, que le sostenía en sus brazos murmurando:

—Han sido... Hemos sido todos como criminales... (Max introduciendo golpes de resaca en sus ojos y por eso...)

—No se preocupe, Scotty... yo me encargo de estos trastos...—murmuró Goggi, indignado.—¿Qué culpa de Danny?

Quiso ir a enfrentarse con los gangsters partidarios de Campbell, pudo disparar contra uno de ellos y matarlo, pero cuando ya creía ganada la partida una bala traidora le hirió en pleno pecho y cayó para no volver a levantarse más, murmurando:

—Esto todo que pasamos tranquilamente y así...

Danny fue internado en el Hospital. A fuerza de muchos cuidados y devoción se consiguió que no quedara siego por completo. Scotty procuró que nada le faltara, corriendo con todos los gastos, y vivió que Danny sintiera a veces porque no quería que le muchacho acabara de arruinar aquella vida.

—Usted es el culpable de todo lo que ha ocurrido, y en Campbell. El golpe que recibí de usted fue mucho más fuerte que todos los que recibí en el ring. Usted le ha hecho a Danny una de las peores jugadas de que son capaces las mujeres y no consentiré que le haga otra... No quiero que le anime con esas palabras cañifloras y vuelva a dejarse con el corazón destruido.

Peggy tuvo que alejarse de allí sin verlo, pero también ella se fue con el corazón destruido. Pasó horas de lucha, de hambre, de dolor. Abandonó a Murray y anduvo sin rumbo por la gran ciudad, hasta que el hambre la obligó a aceptar un empleo insignificante en un teatro, amputada por una mujer que trabajaba allí y que, como ella, había conocido aquellas terribles semanas de hambre, de angustia, de desolación, de abandono, de soledad.

\* \* \*

Y pasaron las meses... pasó la vida... el río de la existencia se iba dedicando arrastrando en sus aguas gestiones, esperanzas, ilusiones, amores, glorias, desgracias... todo en revuelto torbellino hacia la nada.

Danny no se avenía a vivir sin trabajar. Había trabajado toda la vida. Además, no quería depender de Scotty que le favorecía y velaba por él. Fue a hablarle:

—No puedo seguir así, Scotty. Necesito todo lo que usted hace por mí, pero necesito trabajar... en lo que sea, en cualquier cosa... Me queda ahora demasiado tiempo para no hacer nada y para pensar.

—¿En Peggy?—preguntó Scotty con tristeza.

—Necesito trabajar... es lo que sea—murmuró Danny—. Cuando era niño vendía periódicos... puedo volver a hacerlo...

—Ha una buena idea, Danny—dijo Scotty, sonriendo.

Y al poco tiempo Danny tenía el puesto de periódicos más importantes y mejor surtido del barrio más populoso de la ciudad.

Danny volvió a la vida. Volvía a ser un hombre normal, sin grandes aspiraciones y sin grandes luchas. Trabajaba, ganaba su pan de cada día y se sentía seguro. Sólo el recuerdo de Peggy revivía en su alma en una nube de melancolía, pero el recuerdo doloroso se iba haciendo paz en su corazón. Vivía de aquel amor que fue imposible y ardiente en aquella felicidad que no pudo alcanzar.

Y pasó todavía más tiempo... Y llegó la hora del triunfo para Eddie, el hermano de Danny, el compositor que había conseguido llegar a la cumbre y que iba a dar a conocer, en un gran concierto, su obra maestra, aquella "Sinfonía de la Ciudad" que tantas veces ensayara ante Danny, que siempre le alentó y ayudó para que continuara por aquel camino.

No quiso Danny asistir al concierto. Preferió escucharlo desde su puesto de periódicos, a través del receptor de radio que Scotty le había regalado. Se entraba la día a Matt, su eterno compañero, que ahora le ayudaba a vender periódicos, como le había ayudado a conducir el caballo y a luchar en el ring.

La Sinfonía empezó un tema resaca. El público, en pie, aplaudía sin cesar al compositor. Hizo copl otros momentos de silencio y, con la voz emocionada, temblorosa, empapada en gratitud y en amor, dijo a todos las palabras:

—Señores y caballeros: creo que en la vida de todo hombre existe un momento culminante. Para mí este momento ha llegado ahora, no sólo por la generosa acogida que ustedes han dispensado a mi sinfonía, sino porque puedo disfrutar y compartir este momento con alguien cuya contribución en esta sinfonía es superior en todo a la que yo le he aportado... Mi hermano y la realización por mi hermano... El fue quien me inspiró la música que han oído ustedes esta noche, porque la historia de su vida fue una de las tantas historias de la gran ciudad que yo canté en términos musicales. No, mi hermano no es ningún músico... pero en el fondo de su corazón hay una gran silenciosa música, música de la gran ciudad, música que le condujo al grado de la gloria, para arrastrarlo luego a la desgracia y al dolor. Pero aún en su última ha obtenido el triunfo, porque de cuantos hombres he conocido en la vida que triunfaron y cayeron derrotados, fue de los pocos que han conseguido una gran victoria, que venció a cualquier posible conquista. Mi hermano hizo música con sus puños... para que yo pudiera hacer una música más suave y grata al oído... La sinfonía que acaban de escuchar es tan suya como mía. Y por ello, con profunda orgullo y gratitud, dedico esta sinfonía a mi hermano, conocido por todos ustedes con el nombre de "Joven Sinfonía".

De la galería alta partió un salero roncoteo y una mujer salió

curriendo de la sala, Mrs. Peggy que había asistido al concierto y que, sintiéndose llevada por el impulso de su corazón de mujer, marchaba al encuentro de aquel a cuya desgracia había contribuido y al que quería dar la felicidad que le había robado.

Donde quedó cerca de él la pesonita extraña de alguien que no le hablaba.

—¿Qué periódico desea?—inquirió, llevada por la fatiga de la costumbre.

Pero al no encontrar contestación ninguna, fijó su vista sucesivamente y algo se fue dibujando en las líneas de sus ojos, algo que fue la mirada torpe y que adquirió la figura de una mujer.

—¡Peggy!... ¡Peggy!... murmuró.

—Denny!—soltó ella.

—No haca, criatura... Siempre estuvo segura de que un día pasarías por aquí y me verías... porque... porque siempre has sido mi novia... pero la que pasó... y pasó de toda y contra todo... siempre has sido mi novia.

—¡Oh, Denny!... ¡Sí! siempre, siempre... y ahora para siempre!—dijo Peggy, abrazando a Denny con pasión.

La voz de la ciudad... aquella voz que llama a través de los labios del viejo mendigo, suena tan dulce y mansueta.

—Es algo hermoso... Siempre dije que en la ciudad vibra un corazón... No la hallaría en ningún guía ni la vería nunca anunciada... pero entonces, hay amor en Nueva York... yo se lo aseguro porque yo misma hice la ciudad y porque tengo mucha experiencia.

## P I N

### *Números publicados:*

Precio 1 peseta:

El signo del Zorro. — El libro de la selva. — ¿Qué verde era mi valle! — El hijo de Montecristo. — El capitán cautela. — Estudiantes en Oxford. Cumbres Borrascosas. — La jungla en armas. — El ladrón de Bagdad. — Marineros a la fuerza. — Eunu-

ralda, la zingara. — Tarzán y la Diosa. — La quimera del oro. — Hace un millón de años. — El alegre bandolero. — Texas. — El hijo de la furia. — La tía de Carlos. — ¿Qué par de locos! — Guadalupe, Jack, el Destripador.

Precio 1,50 pesetas:

El cielo y tú.



*Peggy y Danny chocaban un rato...*



*En primer salto fue rotundo...*



*Y los mujeres empresarias se disputaban su preferencia, pero él  
mostró una foto del que fue un gran boxeador y se ganó  
un aplauso.*



*Mancos, un profesional de baile, se dio cuenta de los malos  
facultades de la muchacha.*





*Fueron eliminándose parejas...*



*...y la casa fue entregada a Peggy y Murray, ganadores del concurso.*



*Murray se puso muy impertinente al demostrar a Peggy a la casa.*



*...de las palabras, pasaron a los hechos.*



—Lo prometo, Danny, pero lo que pasa esé siempre tu suegra...



Peggy aceptó un largo contrato con Murray.



Katayaban a diáda nuevas fotos...



Le cadáver, le testador y lo compraron para asistir a una gran fiesta.



*Gag presentó a Eddie como un cocinero compusito.*



*...al ritmo lento del swing logró atraerse la atención de toda aquella gente.*



*Peggy se interpone entre los dos.*



*Quiso él excusarla, disculparse, pedirle perdón.*





*Abrió la puerta del camerino y obligó a Danny a salir.*



*—¡Déjeme ir!—le dijo a Murray, con sólo contestarle.*



*Cuando al día siguiente se encontró con Danny en el restaurante.*



*Los presentaron al público desde el estrado de la orquesta.*



*—Recuerdo el triunfo, Scotty. Quiero ser campeón.*



*El día del combate todos estaban nerviosos; todos menos Dinky.*



*¿Qué cosa le esperaba de un modo atroz y no acertado a ver con claridad lo que ocurría en el ring.*



*La noche anterior a toda una multitud de camiones que Frost iba siguiendo con el alma desgarada por el recordatorio.*



*Danny fue internado en el hospital.*



*—Usted le ha hecho a Danny uno de los peores jugados de que son capaces las mujeres y no contenta que le haga otra...*



*—Necesito trabajar... en lo que sea. Cuando sea más vendia periódicos...*



*...amperada por otra mujer que como ella había conocido al hombre, la desolación, el abandono, la soledad.*





*...aquella "Sinfonía de la Ciudad" que tantas veces  
escuchara ante Daxos...*



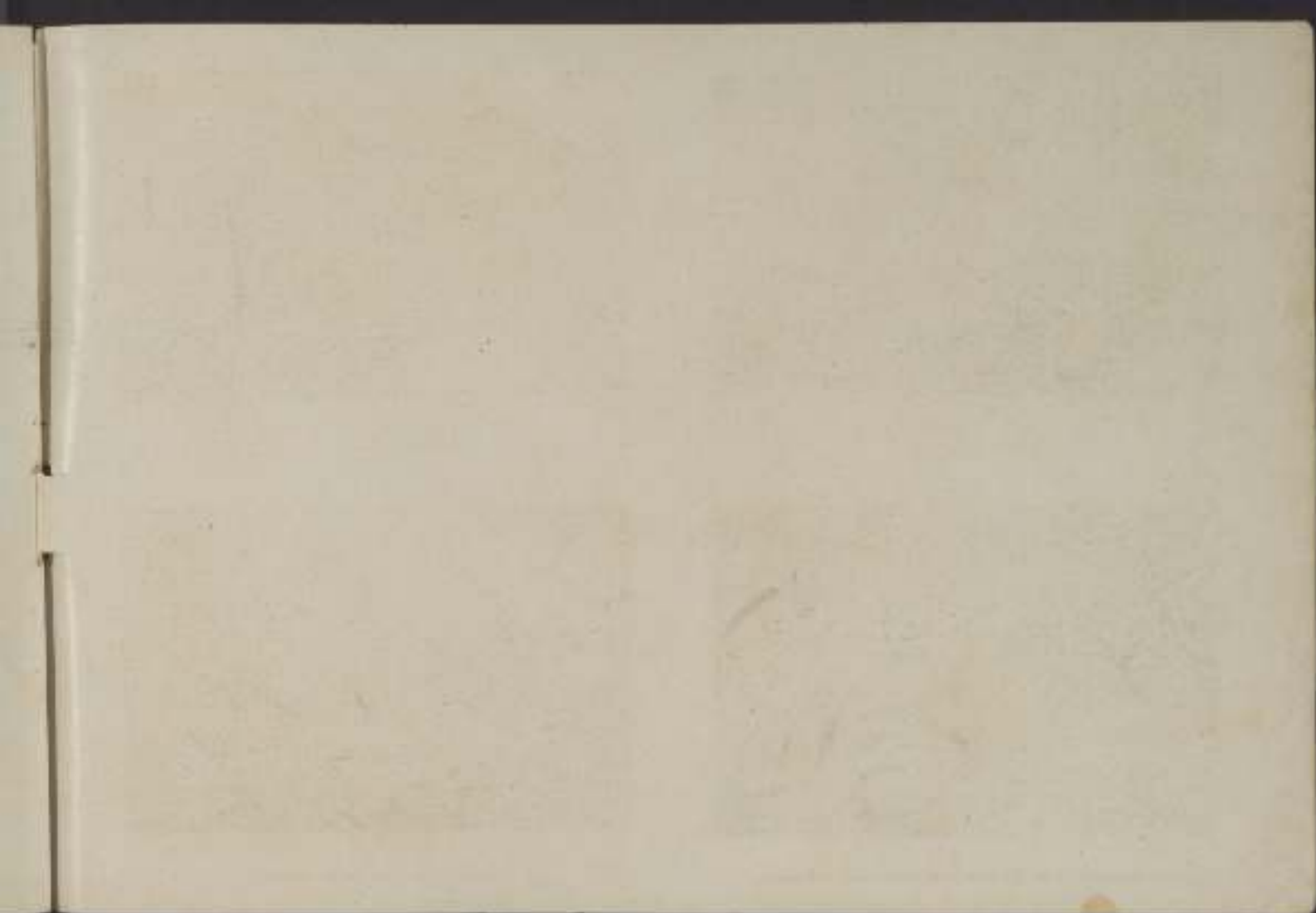
*...que siempre le alentó y ayudó para que continuara  
por aquel camino.*



*Preferió quedarse en su puesto de periódicos y revistas*



*La sinfonía obtuvo un éxito resonante.*





Cuberto T. G. J. SCLER  
Providencia, 10 - Barcelona